

Prólogo

En el otoño de 2008, parecía evidente que sería necesario llevar a cabo una reforma radical. Los bancos y los mercados financieros se encontraban en crisis desde hacía más de doce meses. En septiembre, todo el sistema financiero estaba al borde del colapso. Una institución tras otra estaban en quiebra o a punto de quebrar. Los gobiernos y los bancos centrales detuvieron el pánico mediante intervenciones masivas, pero, aun así, la economía inició un declive de una magnitud nunca vista desde la Gran Depresión.

Confiábamos en que se investigara y se analizara seriamente lo que había fallado y lo que habría que hacer para evitar que se repitiera una crisis de ese calibre. Confiábamos en que se aprendieran las lecciones de la crisis. Pero nos llevamos una desilusión. No se hizo ningún análisis serio de las medidas que se podrían tomar para que el sistema financiero fuera más seguro.

Muchos sostenían que «sabían» cuáles habían sido las causas de la crisis y qué había que hacer —o no hacer—, sin mirar mucho más allá. Los banqueros y sus defensores sostenían que el sistema bancario no tenía ningún problema. Decían sin parar que una reforma profunda interferiría en la actividad de los bancos y perjudicaría la economía. Querían hacernos creer que si nuestro objetivo era que los bancos prestasen y, de esta manera, estimularan el crecimiento, teníamos que aceptar el sistema más o menos como estaba.

Eso no tenía ningún sentido para nosotros. Parecía que una gran parte de los análisis no tenía en cuenta lo que había ocurrido. Muchos argumentos parecían absolutamente falsos. Como profesores que nos hemos pasado la vida estudiando el sistema financiero

—Anat como profesora de finanzas y economía financiera en Stanford y Martin como profesor de economía y director de un instituto de investigación de Bonn—, nos quedamos horrorizados al ver reportajes de prensa y recomendaciones de política que empleaban engañosamente las palabras, interpretaban erróneamente los principios básicos, utilizaban argumentos falaces y empleaban incorrectamente los modelos matemáticos. Los expertos en banca, entre los cuales se encontraban muchos profesores, parecían creer que los bancos eran tan distintos de las demás empresas que no se aplicaban en su caso los principios básicos de la economía y de las finanzas.

No nos sorprendía que los banqueros presionaran en beneficio propio y dijeran cualquier cosa que pudiera servir a sus intereses; a menudo estaban en juego sus sueldos y sus bonificaciones, y el statu quo los favorecía. Pero nos consternaba —y nos alarmaba cada vez más— que no se pusieran en entredicho sus interpretaciones falsas y sus argumentos inválidos. En lugar de eso, parecía que estaban ganando el debate a ambos lados del Atlántico, que los esfuerzos reformistas estaban llegando a un punto muerto. Las propuestas que se hacían no iban en la buena dirección. Se estaba desaprovechando la oportunidad de mejorar el sistema.

Escribimos sobre estos problemas, abogando por una reforma en profundidad y exponiendo los argumentos falsos que se estaban esgrimiendo en contra de la reforma. Sin embargo, ocurre que una parte importante del debate discurre a puerta cerrada. Incluso cuando los reguladores solicitan opiniones sobre sus propuestas, la mayoría de ellas provienen del propio sector y de sus defensores, de manera que, entre bastidores, las presiones no cesan.

Cuando tratamos de hablar con los participantes en el debate, descubrimos que muchos de ellos no tenían ningún interés en verse implicados, y no lo decimos por lo que supieran o dejaran de saber, sino por lo que querían saber. Los políticos, los reguladores y demás, a menudo preferían no cuestionar el sector bancario. A la gente le gustan los argumentos simples, sobre todo si esos argumentos permiten disimular su propia responsabilidad por las políticas fallidas. El mundo académico se deja llevar por teorías basadas en la creencia de que el sistema tiene que ser eficiente. En una situación así, los argumentos falsos pueden ganar el debate.

También descubrimos que mucha gente, entre la que se encuen-

tran muchos de los que participan en el debate, no comprende los conceptos básicos de modo suficiente para formarse su propia opinión sobre los temas o para evaluar lo que dicen otros. La jerga de los banqueros y de los expertos en banca es deliberadamente impenetrable y eso les ayuda a confundir a los responsables de la política económica y a la gente en general, y embarulla el debate.

Esta situación nos preocupa mucho, ya que el sistema financiero puede ser peligroso y está distorsionado. Hemos escrito este libro para explicar los problemas a la gente en general. Queremos que haya más personas mejor informadas para que puedan formarse su propia opinión. Queremos aumentar el conjunto de participantes y elevar el tono del debate.

Cuando los responsables de la política económica no juzgan adecuadamente los riesgos, todos podemos acabar perdiendo. Un claro ejemplo es Japón, donde los reguladores y algunos políticos corruptos actuaron en connivencia con la Tokio Electric Power Company y prefirieron pasar por alto unos fallos de seguridad que eran conocidos. Cuando Japón sufrió un terremoto y un *tsunami* en 2011, esta negligencia provocó una catástrofe nuclear que se podría haber evitado.

Las deficientes normas, y su aplicación ineficaz, también desempeñaron un papel decisivo en la acumulación de riesgos en el sistema financiero, lo cual convirtió la caída del mercado inmobiliario de Estados Unidos en un *tsunami* financiero. Sin embargo, a pesar de los enormes destrozos, los intentos serios de reformar la regulación bancaria se han ido a pique saboteados por las presiones del sector y la mala gestión.

La banca no es difícil de entender. La mayoría de las cuestiones son bastante sencillas. Basta con conocer el significado preciso de algunos términos que se emplean, como la palabra *capital*, para descubrir algunos de los sinsentidos. No hace falta saber mucho de economía, finanzas o disciplinas cuantitativas para leer y entender este libro.

En esta obra analizamos muchas opiniones y puntos de vista. A veces empleamos términos genéricos atribuyendo algunas afirmaciones a los «banqueros», los «reguladores» o los «políticos». Después de haber hablado y colaborado con muchas personas relacionadas con la banca y la política económica, sabemos que no todos los banque-

ros, los reguladores o los políticos son de la misma opinión. Muchos miembros de estos y de otros grupos abogan y trabajan por llevar a cabo una reforma beneficiosa. Sin embargo, en cada uno de estos grupos las ideas que analizamos se hallan tan extendidas y han influido tanto en los debates de política que nos sentimos autorizados a generalizar al exponer nuestra postura.

No crea el lector a los que le dicen que las cosas están hoy mejor que antes de la crisis financiera de 2007–2009 y que tenemos un sistema más seguro que incluso mejora conforme las reformas van poniéndose en práctica. El sistema bancario actual, incluso con las reformas propuestas, es tan peligroso y frágil como el que nos llevó a la crisis reciente.

Pero esta situación puede cambiar. Fijándose en lo que hay que fijarse y haciendo un diagnóstico certero de los problemas, es posible tomar de inmediato medidas sumamente beneficiosas.

Para tener un sistema financiero mejor es preciso que las normas reguladoras, y su aplicación, sean eficaces. Y lo que es más importante, hace falta voluntad política para adoptar y aplicar las medidas oportunas. Lo que esperamos al escribir este libro es que si más personas comprenden el alcance de los problemas, los políticos y los reguladores serán más responsables ante la ciudadanía. Los argumentos falsos y peligrosos —«el traje nuevo de los banqueros»— no deben ganar.

Octubre de 2012